

fuese por esto para el imperio, lo que en nuestros días es París para la Francia. En este último sentido no se muestra Constantinopla hasta el tiempo del sultan Bayaceto I, en los últimos 50 años de la dinastía de los Paleólogos. A principios del siglo VIII adquirió Constantinopla su absorbente é indisputable preponderancia en el imperio cuando las ciudades rivales, ya por su importancia política, ya por la religiosa y aun científica, como Jerusalén, Antioquía, Alejandría y Cartago habían caído en poder de los musulmanes, cuando Atenas había quedado reducida á una ciudad provincial silenciosa y cuando únicamente quedaba por rival débil la suntuosa Salónica por su importancia militar y mercantil; pero solamente desde el siglo XI y en el siguiente prevaleció la capital y sus intereses á los ojos del gobierno sobre las provincias.

La población de la capital ejercía no obstante una notable influencia sobre el gobierno, aunque este era, como el de la Roma Cesárea, francamente despótico; ni podía ser otra cosa si se consideran la composición y carácter de los pueblos que regía. Esta influencia que los demás pueblos del imperio no tenían, se manifestaba, como veremos, en muchísimas ocasiones y principalmente cuando quedaba el trono vacante. La fisonomía de la población de la capital fué esencialmente griega desde el siglo VI, habiendo conseguido asimilarse el elemento romano ó latino antes predominante, así como después fué absorbiendo y asimilándose los elementos eslavos y búlgaros á pesar de su gran número é invasión constante y pacífica en la capital. Este carácter griego contribuyó á mantener vivas las instituciones y tradiciones del imperio, las cuales dieron un carácter especial al despotismo imperial bizantino.

El emperador, siguiendo los principios fundamentales del imperio organizado por Constantino el Grande, representaba la majestad, la unidad é integridad del Estado, con la pompa solemne, la ostentación ceremoniosa hasta el exceso y los títulos y tratamiento correspondientes. Todo lo que decía el emperador en público debía ser puntualmente anotado y conservado; y este lujo de ceremonias fastuosas imponía respeto á las hordas y pueblos salvajes germánicos, eslavos y asiáticos cuyos jefes apenas ó nada se distinguían de los demás individuos de la tribu, y cuyos reyes, cuando empezaron á tenerlos, se contentaban con una corte y un lujo muy primitivos. El emperador era jefe supremo del ejército y de la armada; en sus manos estaba la política extranjera, el poder ejecutivo y en su esencia también el legislativo. Era monarca absoluto, y en esto consistieron la esencia y la fuerza del imperio bizantino, así como sus momentos débiles y sus períodos de impotencia. Al lado de este cúmulo de facultades reunidas en una sola persona existían varias fuerzas contrarias que reducían en realidad dentro de límites bastante estrechos el poder aparentemente ilimitado de los emperadores; á saber: la Iglesia anatólica y la administración; la iglesia con su clero, sus concilios, sus intereses materiales y espirituales y el fanatismo del pueblo, especialmente de la capital; y la administración del imperio con su vasto personal, perfectamente organizado, instruido y eslabonado entre sí.

En el transcurso de su existencia el imperio bizantino disfrutó períodos de descanso en que no tuvo que luchar por su existencia, pero no faltaron por eso trabajos ni amarguras á los emperadores, y durante los seis ó siete siglos desde Justiniano I hasta la cuarta cruzada, solo excepcionalmente hubo algunos instantes en que la dignidad de emperador de Constantinopla pareció una verdadera sinecura y el colmo de la humana dicha. Casi siempre, como en los últimos y más difíciles tiempos de los Césares romanos, las circunstancias, sopeña de que no diera buenos frutos el régimen despó-

tico, exigían hombres á la altura de su vasta misión y de su responsabilidad ante la historia; hombres inteligentes, de gran talento, educados expresamente ó elegidos por el destino para su elevada posición, pudiendo acreditarlo con hechos preclaros, de grande y extraordinaria sagacidad, y de una energía avasalladora. Excusado es decir que no siempre ocuparon el trono de Constantinopla hombres que reuniesen todas estas grandes cualidades; ni tampoco tales dechados de gobernantes aparecieron en las épocas en que la situación difícil del imperio mas los reclamaba; pero entonces suplió su falta hasta cierto grado, realmente extraordinario á veces, la fuerza elemental invencible de las instituciones y tradiciones administrativas y arraigadísimas en el organismo bizantino político, religioso y civil.

Ni los bizantinos, ni los romanos llegaron por desgracia nunca á crear un orden de sucesión al trono imperial que prestara al nuevo monarca una legitimidad fuera de toda duda y oposición; y las consecuencias de este defecto del organismo político, mas sensibles en el sistema absolutista ó autocrático que en cualquier otro, pesaron como sentencia fatal é ineludible sobre el imperio bizantino como sobre el romano y sobre todos los demás que han padecido del mismo defecto. En todos, y de consiguiente también en el bizantino, se manifestó repetidas veces la tendencia á hacer el trono hereditario; y no faltaron emperadores que con su carácter y sus grandes méritos supieron ganar tan general popularidad, que consiguieron traspasar la corona á sus hijos aun muy jóvenes, y hasta á sus viudas, de modo que se cuenta toda una serie de dinastías que rigieron sucesivamente el imperio hasta su desaparición completa. Pero como estas sucesiones en una misma familia no eran efecto de una ley fundamental, sino de circunstancias fortuitas, no pudieron neutralizar sino en parte los inconvenientes y daños inherentes á la inseguridad de la sucesión y á la falta de la idea de legitimidad y de derecho al trono, no solamente en el pueblo sino también en la Iglesia. El pueblo y la Iglesia si bien reconocían á la primogenitura cierto privilegio, no lo concebían siquiera respecto de la representación del imperio, pues que este tampoco era para aquella sociedad ninguna finca ni hacienda particular. Esto explica las ambiciones, las intrigas, y también las consideraciones justas que según los casos movían á los miembros de las mismas familias principales, siempre que se preveía y acercaba un cambio en el trono, precipitado á menudo por motines, por revoluciones sangrientas en el interior del palacio, por asesinatos alevosos ó brutales, en que desempeñaban el papel principal damas elevadas, ministros poderosos ó enanos cuya influencia en el palacio imperial fué creciendo en el transcurso de los siglos. La frecuencia con que ocurrían estos sucesos siniestros es aterradora, y pocos servidores enancajeron en el servicio del palacio imperial, sin tener que lavar alguna mañana el mármoleo suelo de alguna estancia cubierto de la sangre del que el día anterior regía todavía los destinos del imperio. Cuando había desaparecido de esta manera violenta y lúgubre alguna dinastía, los usurpadores atrevidos ceñían uno tras otro la ambicionada diadema de perlas, distintivo del emperador, hasta que algun hombre de gran talento salía de entre ellos, y por sus méritos como general, por su energía y por su genio conseguía entronizarse y legar la diadema á uno ó mas descendientes suyos ó miembros de su familia por efecto de una especie de legitimidad tácita aunque siempre transitoria.

Los gravísimos males que semejante sistema llevaba consigo resultaban hasta cierto punto compensados por otro lado, como sucedió también en Roma desde el tiempo de Decio; pues que no pocas veces llegaron á sentarse en aquel peligroso trono, ya por medio de la astucia, ya por la fuerza

bruta, personas muy á propósito para el gobierno, ya damas de elevada é ilustre estirpe, ya varones de las clases y naciones mas diferentes, que á haber regido una ley de sucesión fija jamás habrían podido desplegar sus preclaros talentos en el trono. El pueblo admitía los hechos consumados, porque poco costaba dar á estos cambios violentos de emperador y de dinastías el color de sucesión electiva, que era la tradicional desde el origen. La práctica de Constantinopla en estos casos se diferenciaba mucho de la que se seguía desde siglos en la Persia y después en Damasco y Bagdad, países gobernados despóticamente y cuyos pueblos ninguna intervención tenían en la sucesión de sus monarcas. En el fondo se conservaba viva en la sociedad bizantina la idea de que el emperador disponía de su inmenso poder solo por delegación del pueblo. Por supuesto apenas hubo jamás elección verdadera, sino una especie de reconocimiento ó á veces aclamación solemne para legalizar el hecho; porque cuando el nuevo jefe del Estado era persona distinguida, y no un simple soldado de fortuna, mercenario y bárbaro, ensalzado por una revolución armada, solían reconocer la elección simulada el senado de la capital, el alto clero, los cuerpos de tropa de preferencia y aun el mismo pueblo. Todos estos elementos influyeron también en muchos casos para inclinar la balanza en favor de tal ó cual pretendiente. Después el acto de la coronación que verificaba el patriarca de Constantinopla desde la subida al trono del emperador Leon I que reinó desde el año 457 hasta 474, acababa de dar carácter legal al elegido; y este acto de legitimación era tan ambicionado por casi todos los emperadores de Constantinopla, como lo había sido el reconocimiento del Senado por los emperadores romanos hasta Caro.

Los emperadores bizantinos no gozaban de un poder ilimitado como los primeros Césares de Roma, aunque el principio político fundamental era en Constantinopla el absolutismo. Este sistema desde el gobierno de la emperatriz regente Pulqueria, la preclara y sabia hermana del segundo Teodosio, sin dejar de cambiar de carácter según la mayor ó menor pugna entre los emperadores y los elementos que limitaban su poder, se fué regularizando y perfeccionando durante el larguísimo período que media desde el siglo V hasta el advenimiento al trono de los Comnenos, adquiriendo la fisonomía de autocracia sistemática, especialmente desde mediados del siglo VIII hasta el XI.

El elemento principal que limitaba el absolutismo imperial era la Iglesia anatólica oriental que á falta de opiniones políticas, que entonces no se conocían, había formado una especie de opinión pública religiosa, con la cual tenían que contar los mismos emperadores, aunque en Constantinopla esta opinión consistía mas en una ortodoxia fanática que en un sentimiento de moralidad. La moralidad, sobre todo en la capital del imperio, dejó siempre mucho que desear, siendo impotente la Iglesia para dominar los instintos viciosos y las pasiones, aun en las personas mas elevadas. En efecto la Iglesia no pudo evitar actos de brutalidad horrorosa y ejecuciones de sentencias no menos bárbaras, sobre todo en períodos de conflictos políticos interiores ó con enemigos exteriores; todo lo cual redundaba en desdoro de la famosa y brillante cultura bizantina, que descendía á veces hasta el nivel de los peores actos de los emperadores romanos del primer período del imperio. Sin embargo, los desórdenes y excesos despóticos, aun siendo tantos y tales, eran transitorios en el imperio bizantino merced á la influencia cristiana que penetraba en todas las clases de la sociedad como elemento principal de la vida; y muchos emperadores y emperatrices y otras mujeres ilustres se hicieron perdonar grandes crímenes por el celo religioso con que defendieron la religión y la rigurosa

pureza de la fe. Tanto el pueblo como el clero perdonaban mas fácilmente á sus monarcas ó regentes los extravíos morales, aunque gravísimos, que las faltas de disciplina en materia de religión, como por ejemplo casamientos entre parientes cercanos ó mas de dos nupcias en caso de enviudar dos veces, todo la cual era á sus ojos mucho mas punible que los excesos mas escandalosos en otros conceptos.

La religión desempeñó un papel principal en la vida de los pueblos que formaban parte del imperio bizantino, hasta la muerte heroica del emperador Constantino Dracoses. Los emperadores tenían que firmar en la coronación un acta en la cual declaraban someterse á las resoluciones de los concilios generales y á los cánones de la Iglesia ortodoxa; y mas de una vez dependió su existencia, del partido que tomaron en las discusiones de grandes problemas dogmáticos, en las controversias acerca del servicio eclesiástico y en las cuestiones de intereses políticos de la Iglesia que agitaron hasta el fondo las masas del pueblo desde el siglo V hasta el XV. En tales y aun en otras cuestiones, á pesar de estar acostumbrado el pueblo desde siglos á gobiernos despóticos ó cuando menos autocráticos, podían llegar las pasiones populares á tal grado de exasperación, que estallando no conocían freno, y entonces cometía el pueblo súbitamente enfurecido todos los horrores de su venganza sin respetar ni la púrpura ni la persona del emperador. Conocidos y temidos eran en Constantinopla, como en la Roma imperial, como hoy en la Rusia agitada por los nihilistas, los grandes incendios á mano airada.

También los partidos de los verdes y de los azules y otros en las corridas del Circo, en todas las grandes ciudades pero especialmente en Constantinopla, eran un débil eco del antiguo pueblo soberano de Roma; pero no agitaron tanto ni tan permanentemente las grandes masas como las cuestiones que se rozaban con la Iglesia. En este punto los emperadores tenían que proceder con el mayor pulso: esta pasión y este fanatismo aumentaban en gran manera el poder del clero; y mas de una vez sucedió que para imponer miedo ó perder á un emperador ó á otro personaje poderoso é influyente, bastaba poner en duda su fe religiosa y ortodoxa.

El fanatismo religioso del pueblo y del clero bizantinos fueron tan grandes, que desde la separación definitiva entre la Iglesia oriental y la romana se estrellaron contra la aversión violenta de uno y otro las tentativas mas plausibles de una unión política entre Constantinopla y la Santa Sede. Tampoco los esfuerzos para introducir reformas eclesiásticas, hechos por los emperadores iconoclastas tan poderosos, tuvieron éxito ninguno hasta que estos emperadores consiguieron la aprobación y cooperación de la mayoría del alto clero.

Esta dependencia del absolutismo imperial respecto del fanatismo religioso del pueblo y del clero, era naturalmente variable según las cuestiones que ocupaban el gobierno, y por lo mismo resultan en las relaciones entre el trono y el clero períodos distintos muy importantes para la historia general del imperio bizantino. La prolongada y apasionada lucha entre el partido enemigo de las imágenes de los santos, y el que quería conservarlas, tuvo por consecuencia una disminución gradual del poder del clero y la correspondiente preponderancia del poder imperial, especialmente sobre el patriarca de Constantinopla, tanto que cuando ocurrieron los primeros conflictos confesionales con Roma, y mucho mas desde que se consumó el cisma entre el Occidente y el Oriente, se identificaron tanto la corona y el patriarcado que dieron lugar á un verdadero papismo imperial. Bajo la dinastía de los Comnenos y mucho mas durante la de los Paleólogos volvió á adquirir importancia política la Iglesia, porque

ambas dinastías necesitaron su auxilio poderosísimo contra la nueva y pujante aristocracia, y contra las tendencias separatistas ó simplemente particularistas de la nueva nobleza feudal y de los grandes potentados de las provincias; mientras que antes la debilidad de la Iglesia, consecuencia de las terribles luchas confesionales del siglo v, habia contribuido á que las provincias meridionales del imperio ofreciesen tan débil resistencia á los conquistadores musulmanes.

Otro elemento que limitaba el absolutismo imperial era la administracion pública con su perfecta organizacion y su personal alto y bajo, no menos bien regularizado con su es-

calafon y su práctica en los varios trabajos. La administracion formaba el elemento principal, casi el alma, y si no el cerebro, por lo menos el sistema ganglionar, y la sólida base intelectual y característica del organismo político y social llamado imperio bizantino.

A esta máquina administrativa con su indestructible vitalidad y tenacidad debió el imperio su fuerza de resistencia y su larga vida, hasta que los sucesores de Basilio II empezaron en el siglo xi á malearla con injustos y mal meditados ascensos y nombramientos nuevos, facilitando así la introduccion del feudalismo destructor. Pero en cambio á esta mis-



Miniatura de un salterio del principio del siglo X. Representa á David vestido de emperador bizantino, en medio de la Sabiduría y el Don de Profecía. El original mide 26 centímetros de alto por 23 de ancho

ma máquina se debió también el espíritu oficinesco y rutinario que solo excepcionalmente supo elevarse á grandes concepciones y que imprimió su sello de respetable medianía á toda la historia bizantina. La marcha perfecta, segura y casi instintiva de esta grande máquina se debía en gran parte á que los jóvenes que se dedicaban á las carreras judicial y administrativa, habian recibido como toda la juventud bizantina una instruccion y educacion esmeradísimas, y además tenían que hacer estudios especiales y sólidos y una práctica seria.

Esta administracion tan bien organizada, tan práctica, tenaz y hasta cierto grado rutinaria, pero también perfecta é inteligente, con su fuerza de inercia obligaba á los emperadores que no tenían genio especial y energía bastante para hacer innovaciones aunque estuviesen exigidas por las circunstancias y por la mas sana política interior, á adaptar su

conducta en el ejercicio de su poder á las grandes instituciones administrativas existentes, á las formas legales y principios consagrados por los antiguos usos, en la administracion de justicia y en los demás ramos del servicio interior, y á abstenerse muy particularmente de estorbar, ni siquiera intervenir, la exacta marcha del servicio público con nombramientos extemporáneos ni resoluciones personales, como hicieron, segun ya dijimos, con gran perjuicio de la trabazon solidísima del imperio los sucesores del gran Basilio hasta la elevacion de Alejo I Comneno.

La legislación era en general excelente; en la confeccion de leyes nuevas tomaban parte los juristas, y hasta fines del siglo ix intervino también el gran consejo de Estado que residia en Constantinopla. El estudio y carrera de la jurisprudencia estaban basados sobre principios académicos fijos y

tradicionales, y en el trascurso del tiempo los doctores en leyes llegaron á conquistar una especie de autoridad sobre la administracion de justicia y la accion de los tribunales. Estos si bien dependian del poder ejecutivo, no dejaban de ser un dique formidable á la arbitrariedad del jefe del Estado, el cual no podia saltar por encima de las leyes promulgadas ni de las reglas para la administracion de justicia consagradas por una práctica de largos siglos. El único defecto fundamental del sistema bizantino era el absolutismo que no permitia ninguna publicidad ni critica ninguna de la moralidad administrativa de los grandes funcionarios del imperio.

En manos del emperador se hallaban en cambio las tres grandes palancas del gobierno: la hacienda, el ejército y la política extranjera, las cuales unidas á la administracion tan perfectamente organizada, y á la religion, fueron las fuerzas que constituyeron y conservaron durante tantos siglos la admirable obra de arte llamada imperio bizantino, que sufrió tan larga serie de espantosas tempestades políticas.

Una condicion especial favoreció esta cohesion y fuerza de resistencia á todos los embates, además de la administracion, del ejército, de la religion y de la cultura griega en frente de las hordas bárbaras, bien que esta condicion no fué mas que un ramo de la administracion general, á saber: la hacienda, ó sea la fuerza contributaria del país, su fomento y explotacion inteligente. La base de este ramo importante era la del imperio romano, es decir, las dos contribuciones principales, la territorial y la industrial, á cuyos rendimientos se agregaban los productos de los bienes de la corona, de las regalías y finalmente los derechos de entrada en las fronteras y puertos. El reparto y cobranza de estas contribuciones adolecia poco ó mucho del carácter vejatorio del sistema romano, sobre todo al principio y particularmente en el reinado de Justiniano I; pero en general estos eran restos de aquel sistema, como la obligacion impuesta en los últimos siglos del imperio romano á los decuriones de las ciudades de responder del cupo total de la contribucion territorial de sus respectivas localidades. Estas disposiciones duras y tiránicas fueron abandonadas por la administracion bizantina en el reinado de Anastasio I. Desde entonces y aun antes, todos los gobiernos bizantinos inteligentes dedicaron constante y preferentemente su atencion á la conservacion y aumento de la fuerza tributaria del país fomentando la prosperidad de los pueblos del imperio, abriéndoles nuevos manantiales de riqueza y mejorando y cuidando los existentes. Unido todo á la inteligente economía que siempre distinguió á la hacienda bizantina, se halló esta en situacion de facilitar á los monarcas de talento recursos mas poderosos que ninguna otra potencia de toda la Edad media, exceptuando quizás á los califas árabes en el período de su mayor poderío. Lo mas notable es que los mismos pueblos bizantinos consideraron siempre la tributacion que pesaba sobre ellos como moderada y llevadera. Esto no significa que no hubiese periodos de loco despilfarro, de exacciones, de defraudaciones y otras inmoralidades heredadas de la antigua administracion romana; pero gracias á los principios sólidos establecidos y consagrados por una larga tradicion administrativa, tales inmoralidades no podian pasar de ciertos límites sin grave peligro para los déspotas mas crueles y duros. Lo mas que podia hacer la peor administracion era rebajar la ley de la moneda de oro; y cuando algun emperador aun de los mas populares, y los habia á pesar de tener fama de poco ortodoxos, se dejaba arrastrar de exacciones excesivas que no aparecian justificadas por una penuria extraordinaria, no tardaba el pueblo en vengarse con grandes incendios y motines sangrientísimos y de una ferocidad espantosa.

Corria parejas con el próspero estado del tesoro la fuerza

armada siempre disponible y á punto de entrar en campaña, bien instruida y animada del mejor espíritu. De las investigaciones modernas ha resultado que era pura fábula lo que se decia de debilidad é insuficiencia militar del imperio bizantino, tan admitidas hasta hace poco, exceptuando algun período de decadencia, y en particular el de los postreros Paleólogos. Lo que hubo fué que el gobierno bizantino prefirió muchas veces, segun las circunstancias, comprar la paz en esta ó aquella frontera obligándose al pago de cierta cantidad ó tributo si se quiere. Esto sin embargo solo sucedia cuando convenia asegurarse las espaldas y tener los brazos libres para otras empresas militares. Otras veces hallábase el ejército realmente en estado menos satisfactorio, como sucede en todos los países en el trascurso del tiempo; pero estos eran intervalos, y en general puede decirse que desde los tiempos de Belisario y de Narsés no faltaron al imperio bizantino gobernantes que hasta Teodoro Lascaris, Juan Vatatzes y Miguel Paleólogo supieron formarse un estado mayor y una escuela de capitanes eminentes que regeneraron y sostuvieron la fuerza armada en estado imponente.

La organizacion del ejército conservó el carácter del ejército romano como era en el postrer período de este imperio, porque así lo requería también el carácter del imperio bizantino, con la diferencia de que á contar desde el siglo vii las voces de mando latinas fueron reemplazadas por las correspondientes griegas. Como en el imperio romano hacia ya tiempo que se habia abandonado el sistema primitivo del servicio obligatorio para todos los ciudadanos, continuaron exentos todos los propietarios y en general los ciudadanos que pagaban contribucion, y las milicias ciudadanas ó rurales solo se armaban en épocas de gran necesidad y en momentos críticos, sobre todo las primeras que principalmente se organizaron contra los invasores búlgaros y eslavos hasta la subida de la dinastía macedonia. El verdadero ejército, el de línea ó de campaña llegaba segun cálculos á 150,000 hombres en tiempo de Justiniano I, y se dividía en tropas regulares y mercenarias. Las primeras se sacaban de las poblaciones mas belicosas como las montañesas del imperio, las de Tracia y de los valles del Tauro; despues se reclutaban entre los montañeses de Albania y Valaquia, sin que faltasen entre estos elementos mas rudos, jóvenes robustos de las clases bajas de la capital y de otras ciudades; y el resto lo daban los pueblos bárbaros admitidos sucesivamente en el imperio. La tropa mercenaria provenia de un sin fin de tribus pequeñas fronterizas en los diferentes extremos del imperio y dependientes en mayor ó menor grado de este, sarracenas hasta la aparicion victoriosa del islam; moras hasta la pérdida de las provincias africanas, y armenias y de la Cólquide hasta la cuarta cruzada. Estos mercenarios iban armados al estilo de cada país y obedecian á jefes de su respectiva nacion, estaban sometidos al mando superior de los jefes del ejército regular y se les aplicaban la misma organizacion y la misma disciplina; pero no tenían que aprender los ejercicios ni tomar parte en las maniobras y simulacros militares de la tropa regular. A su tiempo hubo cuerpos mercenarios compuestos de hérulos, gépidos, hunos, masagetas, eslavos de diferentes procedencias, búlgaros y otros de origen turánico segun las circunstancias de la época, porque para todos estos pueblos bárbaros del Norte y Este era el imperio con su buen sueldo y su capital maravillosa y sus magnificencias, riquezas, fausto y bellísimas mujeres el iman mas irresistible hasta el tiempo del emperador Manuel I Comneno, que lo habia sido jamás para germanos y otros bárbaros del Norte, la Roma capital del mundo. Los aventureros sin hogar, ávidos de botin, pendencieros é inestables, de todas las regiones de Europa y despues también del Asia, fugitivos de Persia y de Arabia, acudían continua-